

David Martín del Campo

Coco Fizz



De modo que eso era el mar. Sintió la fresca humedad lamiendo sus pies. Recordó la voz de sus primos, “vimos un tiburón muerto”. El agua escurriendo le cosquilleaba los tobillos; lamentó no saber nadar. Alzó la vista y observó aquel trémulo continente; olfateó la brisa. Sus primos se burlarían de él: “Dice Poncho que el mar huele a carnicería”.

La resaca fluyendo contra sus talones desenterró una concha que permanecía oculta en la frontera de su propia sombra. Se acuclilló, atrapó la valva y la contempló largamente entre sus manos. Era de color gris iridiscente. “¿Los tiburones comerán almejas?” Sintió sed. Y entonces el niño supo que allá, bajo la rompiente del oleaje, los tiburones lo estaban esperando a él.

Decidió volver con su padre. Le regalaría la concha gris.

Avanzó por la quemante arena hasta alcanzar la sombra de la palapa.

—Oye papá —lo distrajo de la lectura de un diario deportivo—. ¿Hay muchos tiburones en el mar?

—Yo qué sé —refunfuñó el hombre sin mirarlo— ...pero no se te vaya a ocurrir meterte sin mi permiso.

Cuatro horas de autobús lo tenían más que fastidiado. Él de pie la mitad del trayecto mientras el pequeño dormía hecho un ovillo en el único asiento que alcanzaron. “Lleva a tu hijo a la playa, Alfonso. Todos los días se aburre mirando las azoteas por la ventana”. La mujer tenía razón. Había que llevar a Ponchito al mar.

—Papá —insistió el niño apretando la concha en su puño

cerrado—. ¿Puedo ir a ver a los muchachos que están jugando allá?

El padre bajó el periódico. Adivinó la distancia hasta el extremo aquél de la playa. Dijo tumbado sobre la arena:

—Ve, pues... pero no se te vaya a ocurrir meterte al agua.

—Qué—sonrió desafiante el niño—, ¿hay muchos tiburones?

Eso le habían contado sus primos, “al tiburón le sacaron de la panza un gato muerto”.

—Papá... —insistió el niño ante el gruñido incierto de su padre. Era terrible la derrota de *Mantequilla* Nápoles, terrible por los cien pesos apostados al cubano—. ¿Los tiburones pueden comer gatos?

El hombre soltó la carcajada.

—¡Quién te dijo semejante pendejada, muchacho?

El niño cruzó los brazos tras la espalda.

—Quiero un coco —dijo al enterrar una punta de pie en la arena.

Eso le habían dicho sus primos: “Nos compraron dos cocos a cada uno”, “los sirven con popotes y hielo”, “te puedes comer después la pulpa”.

¿Tienes sed, Poncho? —preguntó el hombre, y sin abandonar la lectura de la crónica boxística, recordó: —Ahí está la cantimplora con el agua de limón. Búscala dentro del morral.

El niño apretó nuevamente la concha gris en su puño izquierdo. Volteó hacia el oleaje.

—Al rato vengo —se despidió sin más.

Los muchachos golpeaban el balón con las manos extendi-

das, saltaban, retozaban alegres cuando los contrarios fallaban el boleó; gritaban palabras prohibidas. Habían tendido la red entre los troncos de dos palmeras. El niño advirtió el ardor solar en sus hombros. Volvió a sentir sed. Recordó el puestecillo de tablas y hojas de palma a mitad de la playa, donde un viejo macheteaba cocos y vendía pescados asados al humo. Entonces el balón zumbó junto a su oreja y el golpe rasante fue celebrado por los muchachos: "¡Aguzado, mocos, que te dejamos sin cabeza!"

Aquellos muchachos se parecían a sus primos, pensó al incorporarse. Decidió ir por un trago de agua de limón. Quizá probar uno de los tamales que su madre les había envuelto esa madrugada. "Vete tú con el niño, Alfonso; yo me quedo con la bebida. Sirve que gastas menos", había dicho ella en la víspera. ¡Por fin miraría el mar! Nadaría hasta una isla de arena blanca, descubriría siete ballenas lanzando chorros de vapor (igual que en el libro escolar), abordaría un barco de guerra, pescaría dos peces vela... como sus primos cuando fueron a Acapulco.

El hombre estaba dormido. Había rodado en la sombra de la palapa y –sábado al fin– descansaba sobre las páginas revueltas del periódico. El niño alcanzó la cantimplora en silencio, dio un primer trago pero el líquido se había entibiado. Y entonces, al mirar el pantalón de su padre, imaginó cuando, más tarde, ya relataría: "Me compraron un coco", porque en el bolsillo asomaba un billete.

–Quiero un coco –dijo el niño.

El hombre, sin embargo, no se inmutó. La arena de la playa era una extensión de su cama, a 200 kilómetros de ahí. Conservaba el cuerpo ladeado, una rodilla flexionada, el brazo derecho largado como si compartiera el sueño.

–¿Puedo comprar un coco, papá? –insistió el niño al soltar la cantimplora en el morral– ...si me compras un coco te regalo una conchita que encontré en la playa –insistió al enterrar las puntas de los pies en la fresca arena.

Se había cubierto los hombros con la toalla que pendía de uno de los travesaños de la palapa. El sol a plomo no le mordearía más la espalda, pensó al pedir:

–Un coco, por favor.

El viejo, al mirar aquel billete, dirigió la vista al niño:

–Un coco, cómo.

Asustado por esa mirada escrutadora, el niño se defendió:

–...me lo pidió mi papá.

–Será entonces un *coco fizz*, ¿verdad?

El niño asintió en silencio. Vio alzarse la hoja acerada, oyó el silbido del machete en el aire, sintió en las plantas de los pies el tumbo de los cortes. Todo eso lo emocionaba; preguntó:

–¿Le va a poner popotes?

–Claro, niño. –El viejo preparaba el coco al otro lado del mostrador. –Popotes y hielo. ¿Un chorrito de limón?

–Yo creo que sí –admitió el niño apenas miró esa calabaza marinera.

Recibir aquello entre sus manos fue como cargar un trofeo de fábula. El coco pesaba igual que una cabeza de tigre, pensó el niño, cuando una voz lo distrajo:

–Espera, chamaco. ¿No se te olvida algo?

Se enderezó con marcialidad y temor. Revisó la toalla anudada sobre su ombligo, sus pantaloncitos recortados, pero el viejo ya le extendía varios billetes apelotonados.

–¡El cambio! –adivinó, aliviado, el niño.

Ya trasponía el umbral del tendajón, cuando algo lo detuvo.

Desanduvo los pasos y se enfrentó al hombre. Le diría la verdad, toda.

–Oiga, señor... –se animó a indagar. –Este... ¿hay por aquí muchos tiburones?

El viejo sonrió. Aquel niño le resultaba simpático. Soltó la botella de aguardiente bajo el mostrador.

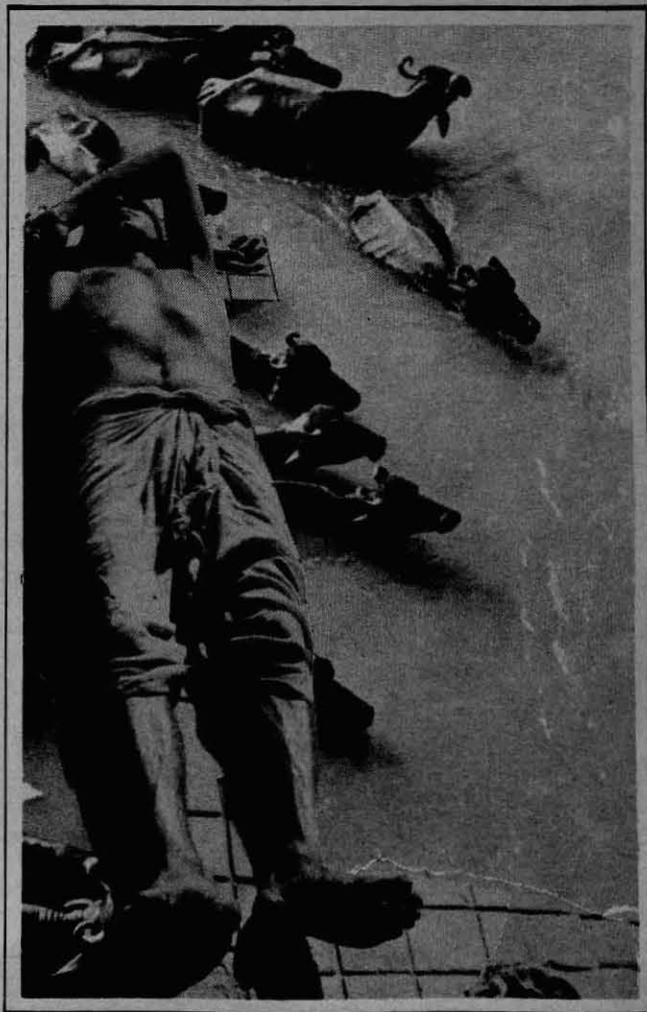
–¿Tiburones? No, no muchos; pero mar adentro sí. Y grandes. Más tarde llegan los pescadores con las cornudas, muertas a palos y arpón... Ya lo verás. Las filetean para salarlas al sol. Bacalao oaxaqueño –rió el viejo, pero el niño no comprendió la broma. Se fue con su coco.

Avanzó por la playa hasta alcanzar el pie de una palmera. Ahí se dejó sentar en la estrella de sombra. Supuso, por lo que decían sus primos, que el coco sabría a leche, horchata sin azúcar. Dio un sorbo y aquello le resultó más que dulce.

Mucha era la sed y en dos minutos el niño ya trataba de arrancar aquella pulpa blanquecina.

–*Coco fizz* –pronunció con la alegría del mar la primera vez.

Sin saber porqué, se sintió feliz, torpe y feliz, pues se había herido los dedos con la embocadura de aquel pesado fruto. Alzó la vista y descubrió, en la copa de la palmera, un racimo



de cocos semejantes. Decidió trepar y cortar dos. Eso lo había visto en alguna parte, aunque el programa aquél de televisión no advirtió sobre la dificultad de mantener las manos sujetas al tronco, los pies adheridos en esa corteza que lastimaba. Rodó y cayó de cara al suelo. Se irguió, risueño, para gritar: "¡Serás tarugo, Poncho Llorente!", y se confortó como nunca, pues como nunca se había nombrado, y si él era Poncho Llorente, ¿por qué no podía volar como aquellos pelicanos que aleteaban rasantes sobre la superficie del mar? ¿Por qué no? Y ahí corría aleteando por la playa, "el niño-pelicano" Llorente (ya les contaría a sus primos), pero tropezó y volvió a rodar. "Claro, los pelicanos no servimos para andar como tontos quemándonos las patitas en la arena", se quejó, y fue hasta donde los muchachos completaban el último partido de voleibol. Apenas irrumpir bajo la red, los muchachos comenzaron a increparlo, pero soltaron la carcajada cuando lo vieron orinar ahí sin más. "La pipí que se vaya al mar", se disculpaba el niño, sonriendo, feliz de ser un pelicano listo para remprender el vuelo.

Dio una, dos, varias maromas. Se cubrió las piernas de arena fangosa. Comenzó a cantar, a gritos casi, el Himno a la Bandera; y bailó con el viento el Vals de los Pelicanos Relajientos, porque él era un pelicano dichoso y su hermanita una pelicana que se cagaba en los pañales. Esa idea le provocó un ataque de risa que lo dejó sin aliento... "¡una pelicana cagona!" Pero había que remprender el vuelo, es decir, la carrera y las maromas en la playa, a pesar de que la gente lo mirara como bicho raro tropezando a cada paso en ese paraíso de cocos y música... Y el pelicano ya se cansó, va a vomitar, se va a descansar un momento al pie de la palmera después de tanta alegría y machincuepas.

Despertó cuando la sombra abandonaba el sitio y le arrojaba al rostro, de golpe, el esplendor solar. Se irguió, pues, y sintió que la cabeza le pulsaba como hervor de lentejas. Se levantó, sacudió la arena adherida a sus piernas. Miró la toalla untada a su tórax como un sudario de mugre y vómito. Sintió una sed tremenda, la jaqueca percutiéndole dentro de los ojos. ¡Cómo le dolían los ojos!

Entonces, a lo lejos, en la orilla del mar, el niño observó a un grupo de personas que se arremolinaba como hormiguero incendiado alrededor de una barca.

-¡Los tiburones! -adivinó en la distancia, y echó a correr con torpeza.

Vería, por fin, un tiburón. Se lo contaría a sus primos; les diría que miró a unos muchachos jugando voleibol, que bebió agua de coco, y que...

-¡El cambio! -gritó al llegar al gentío alrededor de la barca. Sus bolsillos eran dos sacos apelmazados. Había perdido el dinero.

El niño comenzó a llorar. Imaginaba ya, otra vez, los cintarazos lastimando sus nalgas. Se adentró en aquel bullicio empujando piernas de bañistas y pescadores. Vio, por fin, aquel tiburón tendido sobre la sed mineral de la playa, pero el tiburón tenía figura humana y yacía con infinita laxitud.

Uno de los pescadores dijo entonces: "Me lo arrebató la resaca dos veces, cuando todavía gritaba como loco entre las olas". Y otro: "Al chamaco no lo pudimos encontrar..." Fue cuando la voz del niño borracho los hizo callar, porque el pequeño gemía en la arena mojada, arrodillado junto al cuerpo del ahogado, ofreciéndole la concha gris en su mano extendida:

-No me vayas a pegar, papá... No me vayas a pegar. ◇

